



*1. Baila conmigo*

# *Cicatrices*

Susana Bielsa

© Cicatrices I: Baila conmigo

© Susana Bielsa

Autora representada por MJ Romero agencia literaria

© Portada: Carolina Bensler

Corrección: Sergio R. Alarte ([www.kharmedia.es](http://www.kharmedia.es))

Maquetación y diseño: Kharmedia ([www.kharmedia.es](http://www.kharmedia.es))

Primera edición: Febrero 2016

© Kelsonia Deseo 2016

Apartado de correos 56.

46133 - Meliana (Valencia)

[kelonia.editorial@gmail.com](mailto:kelonia.editorial@gmail.com)

[www.kelsonia-editorial.com](http://www.kelsonia-editorial.com)

ISBN: 978-84-944802-5-6

Depósito legal: V-110-2016

1. Baila conmigo  
*Cicatrices*

Susana Bielsa



*Bryan, sin tu existencia  
jamás me habría vuelto loca.  
Te debo una.*

*Gracias a D por no quererme.  
Me mostraste la oscuridad  
para descubrir el tipo de luz  
que deseo en mi vida.*



# Prólogo

## Julio



*31 de julio de 2014. 21:47 de la noche.*

**H**e llegado al límite de lo soportable. Mi deseo inmediato es salir de este país, aunque sospecho que mi verdadera aspiración es escapar de mi imperfecto cuerpo y de mi defectuosa mente. Reencarnarme, quizás, en otra persona y dejar de ser yo misma.

Olvidarme de todo, tener una segunda oportunidad vital.

Supongo que *estar buyendo* (o como diría Nacho, “salir por patas”) es la definición más acertada para lo que estoy a punto de hacer, pero no pienso que sea algo malo; más bien todo lo contrario, lo necesito desesperadamente.

Me acerco al mostrador para identificarme como Julia María Sancho Rodríguez, pasajera con destino Toronto, Canadá. Observo cómo mis maletas son secuestradas por la cinta después de que la empleada les pegue una etiqueta con mis datos.

Me abrazo con fuerza al billete, al pasaporte y a mis miedos antes de despedirme de mis progenitores. Podría permanecer con ellos hasta un rato antes de la salida del vuelo, pero prefiero pasar ya el control de seguridad y quedarme a solas con mis pensamientos.

Despedirme de mi padre es sencillo: una escueta caricia por su parte y alzar una mano para cerrarla dos veces (“adiós” en lenguaje de signos) es todo lo que necesitamos para quedar en paz. Con mi madre es un poco más complicado; a pesar de haber salido de su vientre hace

ya veinticinco años, todavía no ha aprendido a respetar mi espacio vital y se empeña en abrazarme una y otra vez, rezando para que el avión no se estrelle (aunque no dejo de repetirle que poco tienen que ver sus creencias con la ciencia de la aerodinámica). No puedo evitar soltar un suspiro al verles marchar hacia la salida, donde seguramente cogerán un taxi que les llevará de vuelta a la estación de autobuses.

Me sumo a la fila de pasajeros. Aunque a estas horas de la noche los usuarios se cuentan por centenas no puede compararse con la hora punta de Barajas: ese nivel de afluencia sí me provocaría un colapso nervioso.

No, mejor de noche.

Una vez agotada la cola de personas, cojo aire ante el inminente examen visual del control de seguridad y avanzo con la cabeza gacha hasta unas altas estructuras constituidas por cajas de plástico. Cojo una, la dejo a mi lado y deposito en ella mi mochila de viaje y las deportivas anchas, colocándome unos peucos a medio camino entre el plástico y el papel.

¡Oh, por los dioses! No soporto este momento de análisis inquisidor, es lo que peor llevo de viajar. Me cuesta horrores mirar a la gente en general y aún más tener que hablar con ellos.

Para distraerme un poco me da por pensar en mi experiencia más vergonzosa en un aeropuerto: unos guardias me llevaron aparte para interrogarme sobre por qué evitaba sus miradas y no tuve más remedio que abrirme y contarles que no sé ser de otra manera, que me incomoda estar ante personas que no conozco y que, por defecto, etiqueto cualquier ambiente inexplorado como territorio hostil. A pesar de mis explicaciones continuaron desconfiando de mi palabra e insistieron en traer mis maletas para que las abriera; después de comprobar una y mil veces que no llevaba nada ni sospechoso ni ilegal y pedirme disculpas, me dejaron coger el vuelo.

Giro la cabeza hacia el hombro derecho un poco y dejo la mirada perdida, gesto que repito inconscientemente cada vez que entro en los pasillos más profundos de mi memoria. No, el recuerdo más humillante se remonta a los veintitrés, cuando me pidieron el DNI para comprobar que era mayor de edad y que, por lo tanto, podía viajar sola.

Inspiro profundamente y dejo de divagar. Miro a los de seguridad a la cara, aunque sin llegar a mantener contacto visual. El arco hace mutis por el foro y recojo mis cosas; compruebo cuatro veces que llevo todo antes de avanzar por pasillos, escaleras y rampas deslizantes hasta mi



objetivo: vuelos internacionales. No sé cuál será la sala de espera fijada para el vuelo a Toronto, pero no me importa esperar.

Tengo unas dos horas, un *e-book*, un MP3 y mucha paciencia.

Cumplido gran parte del aislamiento lector y mientras disfruto de “Paper planes” de M.I.A., una mano me toca el hombro y me sobresalto: mi mejor (y único) amigo, mi compañero de pupitre y viaje, Nacho, se sienta a mi lado con los ojos un poco rojos. Decir que “le comprendo” es acertado en esta ocasión, aunque no comparta a ningún nivel sus emociones: yo estoy deseando salir de mi vida actual, él está más apegado sentimentalmente a su familia y a su novia. Siento que debo consolarle u ofrecerle alguna palabra reconfortante, así que me aclaro la garganta.

—Silvia te esperará.

No le miro, pero supongo que ha fruncido el ceño clavando sus ojos en mí.

—¿Por qué has acertado de lleno con lo que necesitaba escuchar? Yo que pensaba que eras poco más que una piedra...

Sonrío. Al principio no entendía sus bromas, pero con el tiempo me he dado cuenta de que las utiliza como escudo cuando está, como él dice, jodido.

—Sé que me cuesta entender al resto de personas, pero nos conocemos desde los dieciséis años y creo haber aprendido a interpretarte. Además, me gusta poder satisfacer tus carencias emocionales desde mi posición de mejor amiga.

Durante el tiempo que levanto la mirada del *e-book* compruebo que Nacho sonrío (aunque lo haga a medias, todavía triste) y eso me alegra. Suspira y niega con la cabeza, como si hubiera dicho algo gracioso.

—En fin... ¿Cómo lo llevas?

Me atrevo a mirarle a los ojos. No puedo evitar pensar que los tiene muy bonitos mientras medito la respuesta.

—Mejor a cada paso que doy para salir de aquí.

—Julia... ¿puedo hacer algo por ti? Lo que sea, en serio.

—Nacho, me lo preguntas cada dos por tres y siempre te respondo lo mismo. Lo único que necesito lo tengo justo delante, y va a salir dentro de unos minutos rumbo a Toronto. ¿Por qué insistes tanto?

—Porque me siento culpable.

—Nacho, te exijo que lo olvides, ¿me oyes?

Entierro mi concentración en el *e-book* sintiendo la mirada de Nacho sobre mí. Al cabo de dos minutos entiende que entablar cualquier

tipo de conversación conmigo es imposible y saca su móvil para, presumiblemente, escribir a Silvia. En cierto modo envidio la firme conexión que tienen desde hace tres años, pero por otro lado... mejor no pensar en ello.

Tras lo que a mí me parecen escasos segundos, Nacho se incorpora y me hace señas con una mano para que me levante: es hora de embarcar. Guardo a Amélie Nothomb; mi compañero de aventuras transoceánicas suspira, profundamente derrotado.

—Algún día te meterás tan dentro de ti misma que te perderás y no habrá quien te saque.

—Es sitio seguro... Además, hace mucho tiempo que no organizo concienzudamente mi mente, debe de haber pelusas del tamaño de elefantes en el almacén de la memoria.

—Eres rara, ¿te lo había dicho alguna vez?

—Al menos cuatro veces por semana desde que nos conocemos.

Sonreímos esperando detrás de un matrimonio de mediana edad que está siendo atendido por los auxiliares de vuelo.

—Descríbeme otra vez cómo es tu mente, por favor, a ver si esta vez consigo asimilarlo.

Inspiro. Una parte de mi conciencia se limpia las botas en el umbral de la puerta que da al gran salón de la memoria, réplica alargada de la Capilla del Silencio de Helsinki.

—En realidad es como a mí me gusta imaginármela, no es algo real o tangible... Es un método mnemotécnico representado en mi cabeza como una sala ovalada con miles de pasillos formados por estanterías de madera, todas ellas relacionadas por temática. En una guardo, por ejemplo, la música que me gusta; en otra hay cuadros, películas y las sensaciones y recuerdos que estos me aportan encadenados entre sí por patrones preestablecidos para poder recordarlos mejor; la más espaciosa de todas esas estanterías es la de los libros. Hay un pasillo para las conexiones emocionales, otro para los lugares, para los olores, los números, anatomía humana... no sé, todo lo que me llama la atención tiene su espacio y su asociación. Al lado de la puerta principal está lo que yo identifico como un horno; ahí van a parar todos los recuerdos que elijo eliminar.

—¿Eliminar o reprimir?

—Cuando lo consulte con un psiquiatra te lo digo.

Entrego el pasaporte y el billete a la mujer encargada de los pasajes mientras Nacho se los tiende al hombre que está a su lado. Cruzamos los

dos a la vez el último control y un pasillo de cristal y metal nos recibe. Bajamos una planta y salimos a la pista; un operador ataviado con cascos y chaleco reflectante nos señala la ruta a seguir hasta la parada provisional del microbús. Nos montamos sentándonos al final, esperando a que se llene de personas y arranque hacia el avión. Conforme llegan más viajeros comienzo a agobiarme, así que miro por el cristal intentando hacer creer a mi mente que estoy fuera, sola y a salvo. Nacho intuye mi apuro e intenta distraerme de nuevo, aunque de la peor manera que se le podría ocurrir.

—¿Está Chorche en ese horno?

—Él ya no existe, Nacho.

—Supongo que eso es un sí.

Me encojo sobre mí misma y él agacha la cabeza. Saca su móvil para evitar mirarme y yo hago lo propio con el mío, pensando que hace unas doce horas que no le presto atención. Un whatsapp de mi primo Adrián, otro de Silvia pidiéndome que cuide de Nacho y 63 (a los que se añaden 9 llamadas perdidas) de un número no guardado que reconozco y bloqueo al instante. Giro la pantalla hacia mi mejor amigo, señalándosela mientras me aclaro la garganta.

—¿Voy a tener que cambiarme de número *otra vez*?

—¿Qué? —Agarra mi móvil visiblemente enfadado y borra él mismo el aviso y los mensajes—. Se va a enterar.

Coge su propio teléfono, busca el número de mi ex y espera a que le conteste a pesar de la hora que es. El microbús comienza su andadura a través de la pista con la primera remesa de pasajeros y yo me encojo aún más cuando oigo la voz que contesta a la llamada.

—*Nacho, estás con ella, ¿verdad? Pásale el móvil, necesito hablar con Julia. ¡Impídele subir a ese puto avión!*

—Te juro por lo que más quieras que como no la dejes en paz olvidaré que soy tu hermano y te daré de hostias otra vez. ¿Me has entendido ya o hace falta que te lo repita?

El tono de la voz de Nacho me alarma y me produce cierto pavor, pero reprimo la sensación tragando saliva.

—*Nacho, no empieces, joder! Pásale. El. Jodido. Teléfono.*

—*¡Sí bwana, a tus órdenes!*

—*Nacho...*

—Al final vas a gastarme el nombre.

—*¡PÁSALE EL TELÉFONO!*

—*¡NO ME SALE DE LOS COJONES!* —La gente nos mira y yo intento calmar a Nacho con un gesto—. Por última vez, olvídate

de ella, ¡para ti como si no existiera! Y no me hagas decir en alto por qué.

Nacho cuelga y se guarda el móvil en el bolsillo, llevándose las manos a la cara.

—Gracias...

Estiro los brazos hacia él y le abrazo. Supongo que está sorprendido: es el primer contacto de verdad en nueve años. Tiene miedo de hacer algo que me incomode, así que simplemente se deja abrazar y no me lo devuelve, cosa que le agradezco.

Con una sacudida nuestro transporte se detiene y la gente comienza a bajar. Cuando sólo quedamos nosotros, Nacho me ayuda a salir del asiento ofreciéndome una mano, un apoyo que agradezco y que no soltaré hasta, por lo menos, estar dentro del avión.

Subimos la escalerilla en silencio. Nos recibe una azafata con una sonrisa ensayada; nos indica nuestro asiento y logro agradecersele con un amago del labio. Nos acomodamos en cuestión de segundos y me pongo el cinturón. Nacho aprovecha los últimos minutos de poder tener el móvil encendido para seguir escribiendo a Silvia y yo me hago un ovillo en el asiento. Cierro los ojos fingiendo dormir, pero en realidad estoy luchando a muerte contra una sombra negra que deambula por un área restringida dentro del almacén de la memoria. Nacho saca una manta de mi mochila de mano y me tapa; justo en ese instante la sombra gana y yo me veo abocada al recuerdo.

No me queda otra que volver a llorar en silencio.

# Agosto



— **N**acho...  
—¿Hmm...?  
—Nacho, despierta, estamos llegando ya.

Mi somnoliento astur-mañico abre un ojo y arquea la espalda. Cuando estira los brazos hacia arriba acaricia sin problemas el compartimiento de las maletas de mano y le envidia un poco por ello: a mí me faltan bastantes centímetros para conseguirlo. Mientras se despereza frotándose los ojos, le observo: pelo ondulado y castaño muy claro, prácticamente rubio, peinado de cualquier manera, nariz recta pero redondeada en la punta, barba incipiente y poco homogénea, todo ello reunido en un óvalo que tiende a la redondez en sus formas. Por mucha dieta que se proponga, a Nacho le gusta comer (y no tanto hacer ejercicio) y se le nota. No tiene un volumen excesivo, pero la curva de la felicidad está marcada en su vientre. Tiene la cara dulce y risueña, pero cuando se enfada puede dar verdadero miedo. Todas las veces que le he mirado a los ojos los he encontrado cálidos y expresivos, de un color verde oscuro muy bonito.

Nacho me pilla de lleno analizándole y bajo la cabeza.

—Espero que mi prima Isa nos esté esperando ya en el aeropuerto... —Saca un reloj de pulsera de la mochila y mira la hora (convenientemente cambiada antes de partir) frunciendo el ceño—. Aunque igual se ha quedado dormida.

—No sé cómo agradecer que me acogáis en vuestra casa hasta que encuentre apartamento...

—Julia, ni lo menciones. Ya te dijimos que podías quedarte todo el curso si querías y ahorrarte el dinero de la beca.

—Ya lo sé y os lo agradezco... pero preferiría estar sola para no molestaros. De todas maneras... —Suspiro por lo bajo, un tanto apesadumbrada—... seguramente tendréis que soportarme porque aún no sé si voy a poder encontrar un piso que esté bien de precio...

La señal luminosa de “cinturón de seguridad obligatorio” nos interrumpe y guardamos silencio mientras nos lo colocamos alrededor del cuerpo. Comienzan a adivinarse algunas siluetas de edificios con luces de precaución. Desde la primera vez que experimenté la sensación de caída de un avión para aterrizar, me resulta tan tremendamente agradable que procuro repetirla siempre que puedo; supongo que se podría definir como euforia lo que siento en este momento previo al amortiguado choque de las ruedas contra el pavimento del aeropuerto de Toronto.

Antes de que el avión se detenga totalmente, ya hay gente de pie buscando sus bolsas. Nacho y yo esperamos, evitando así la primera estampida de pasajeros. Cuando solo quedamos un puñado de personas me quito el cinturón y me incorporo. Nacho sale al pasillo, se ajusta las muñequeras de corte Ska (objetos que se pone siempre, haga frío o calor y que incluso le han dejado marcas de sol en la piel) y me deja espacio para estirar las piernas mientras acciona la manivela de plástico que retiene nuestro equipaje de mano.

Me encanta planificar mi vida, sentir que todo tiene un orden y un final esperado. Ese control requiere tiempo y por supuesto esfuerzo, pero me hace encarar el día a día con la satisfactoria tranquilidad de saber lo que me deparará la jornada. Por ello, después de deshacer las maletas en la habitación cedida por Isa y dormir unas cuantas horas, repaso las tareas pendientes de mi primer día en una ciudad extraña: memorizar rutas. Las líneas de metro, bus y tranvía, tiendas cercanas, sitios de interés turístico, la universidad, el hospital... Desde hace semanas he recopilado información de cómo y dónde comprar los bonos de transporte que voy a utilizar, así como los callejeros de la ciudad, pero para visualizar el terreno la mejor forma es explorar, así que no pierdo tiempo y me preparo para salir.

Salgo al pasillo de la planta superior con las manos en los bolsillos de la chaqueta, repasando cuatro veces si llevo todo lo necesario: cartera, copia de las llaves, móvil; no necesito nada más. La puerta de Nacho está entreabierta, así que llamo y espero.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Pasa.

Lo primero que veo (y eso me crispa los nervios) es su maleta cerrada a un lado de la cama. A Nacho no le importa la organización, ha preferido sacar el ordenador de la mochila, conectarlo y abrir su Facebook.

—Prioridades, ¿eh?

—Les estoy diciendo a Silvia y a mis padres que he llegado bien.

—Si nos hubiéramos estrellado, ellos ya lo sabrían por los telediarrios.

Mi explicación me resulta de lo más lógica, pero a Nacho parece que no le convence: se vuelve en la silla y me mira arqueando una ceja.

—¿Quiere decir eso que no has avisado a nadie?

—Pues no.

—A la gente normal le gusta saber que sus familiares están bien después de un viaje tan largo. —Abro la boca para responder en mi línea, pero me corta—. Hazlo por ellos, toma, te dejo el ordenador si quieres. Te va a costar un minuto poner que has llegado bien.

Suspiro y cedo, arrastrando los pies hacia su ordenador. Cuando termina de hablar con sus padres y Silvia cierra sesión en Facebook y me lo acerca. Mientras introduzco mi *e-mail* y contraseña Nacho se levanta y abre su equipaje.

—¿Vienes conmigo de exploración?

—¿A dónde quieres ir?

—Hasta la universidad y el hospital, además de comprar el abono de transporte.

—Julia, casi no hemos descansado, ¿no quieres dejarlo todo para la semana que viene?

—¿Dejarlo para la semana que viene? Solo de pensarlo siento un tic en un ojo.

—No hace falta que vengas si no quieres.

Mis dedos se deslizan por el teclado con rapidez. El avión ha llegado bien, estoy acomodada, voy a explorar Toronto. Reviso un momento las notificaciones después de publicar el estado y contesto a un par de comentarios, esperando pacientemente a que Nacho se lo piense.

—De acuerdo, tú ganas, iré.

Sonrío, satisfecha, y me humedezco los labios. Cierro mi perfil y me vuelvo en la silla, esperando. Un escalofrío me recorre la espalda cuando veo que Nacho junta ropa interior y calcetines en un cajón sin

ningún miramiento; yo los organizo por prenda (calcetines siempre a la izquierda, sujetadores en el centro y braguitas a la derecha) y por estación (ropa más de invierno al fondo, de verano delante), así que ese caótico revoltijo me pone de los nervios. Inspiro y sonrío, recordando los prácticos consejos de mi madre de cara a la socialización.

—Te espero abajo.



Esto es genial. Creo que los canadienses deben de ser una de las poblaciones más educadas del planeta: todo el mundo utiliza el por favor, el gracias y el perdón a las mil maravillas. Noto que a Nacho le incomoda un poco, pero yo me desenvuelvo bien entre tanta educación. Al llegar al hospital infantil, nuestro lugar de formación práctica, me quedo sin palabras: todo tranquilo, sin tensiones, sin empujones ni malas caras por parte de trabajadores o padres de pacientes; nada que ver, por desgracia, con el ambiente que a veces se respira en España en cualquier ámbito.

A lo largo del recorrido de cortesía proporcionado por nuestro supervisor de prácticas memorizo el plano de las habitaciones y de las entradas y salidas, así que cuando Nacho y él me dicen que se van a tomar un refresco a la cafetería yo aprovecho para seguir mirando y descubriendo por mi cuenta, sonriendo cortésmente a todas las enfermeras con las que me voy cruzando.

Una voz inconfundiblemente adulta resuena a través de la puerta entreabierta de la habitación 305 y consigue hacer que me detenga con el ceño fruncido. Nuestro anfitrión nos ha dicho hace escasos minutos que el horario de visitas había finalizado, así que ese incesante susurro (a veces emocionado, a veces divertido, pero indudablemente maduro) no me cuadra. Llamo delicadamente a la puerta hasta que me dan permiso para entrar: una chica que parece de mi edad asoma la cabeza por una cortina que proporciona privacidad a la cama del fondo de la habitación y se lleva un dedo a los labios sonriéndome, prosiguiendo su lectura.

—... y fue entonces cuando el gallardo príncipe besó a la princesa, sellando para siempre su amor. ¡FIN!

—¡Otro más, otro más!

—Meredith, ¡si me quedo más tiempo no podré leer al resto de niños!



Oigo un bufido indignado y derrotado desde el otro lado de la cortina.

—Bueno... pero si te queda tiempo vuelve antes de irte ¿eh?

—De acueeeeeeeeerdo.

—¡Hasta luego!

Oigo un beso y la chica que me había silenciado sale.

—Lo siento, pero la hora de visitas...

—Ya, ya lo sé. Es que voy a trabajar aquí y estaba dando una vuelta.

Me froto las manos mirando hacia el suelo, incómoda; ella avanza hacia mí. Me alejo de la lectora desconocida, intentando fusionarme con la pared.

—Entonces nos veremos mucho.

La afirmación me toma por sorpresa.

Viste vaqueros, deportivas anchas de tipo *skater* y una camisa de cuadros rosas y blancos. Lleva, a juego con la camisa, un pañuelo que recoge la miriada de tirabuzones que componen su negra cabellera, casi tan oscura como el color de sus ojos y de su piel. Cuando por fin enfoco su rostro, compruebo que me sonrío ampliamente.

—¿Tú también trabajas aquí? —Ella asiente y me tiende una mano, pero me encojo de hombros y trago saliva sin corresponder a su gesto. La observo durante un segundo; compruebo que se ha molestado y eso me entristece—. Lo siento, no es mi intención ofenderte, tengo problemas para socializar.

Ella me mira, evaluándome, y la expresión del rostro le cambia: ya no tiene el ceño fruncido, ahora incluso sonrío más que antes.

—Tranquila, paso mucho tiempo con niños que llevan a sus espaldas accidentes, operaciones de todo tipo y tratamientos más o menos largos, así que sé cómo tratar con aquellos a los que de primeras les cuesta abrirse. Por cierto, me llamo Tamitha Osayande, o Tamy si lo prefieres.

—En-encantada, yo me llamo Julia.

—¿Julia? —Me analiza atentamente—. No parece muy canadiense.

—No soy canadiense.

—Ah...

Me arañó cuatro veces el pulgar con el índice, lo que me lleva a recordar que me he propuesto ser más abierta y dejar de lado mis actos compulsivos en la medida de lo posible. Inspiro hondo y le miro a la cara dejando los dedos quietos: puedo interpretar cierta preocupación en su rostro, así que intento algo que me recomendó Nacho en su día,

sonreír y comportarme como él haría. Le tiendo la mano que antes me había costado estrechar.

—Soy española, estudiante becada en enfermería. —Tamy sonrío y me devuelve el gesto sólo durante un par de segundos, consciente quizás del esfuerzo que me está costando—. He llegado hoy y quería ver dónde voy a hacer las prácticas.

—¡Vaya, es genial! Yo soy voluntaria de animación infantil. ¿Vienes conmigo a la siguiente habitación?

—Claro.

Camina por el pasillo manteniendo un cauteloso espacio entre nosotras; me resulta extraño viniendo de mí, pero realmente no me siento incómoda al estar con Tamy, debido quizás a que ha intentado comprenderme desde el primer momento en vez de juzgarme, además de tener en cuenta mis necesidades.

Saco el móvil en un segundo y valiéndome de Facebook le mando un mensaje gratuito a Nacho, preguntándole por su paradero e informándole de dónde estoy. Cuando termino sonrío, satisfecha por lo buena amiga que soy, y me centro en los números de las habitaciones, sin poder dejar de sumarlos entre sí hasta que Tamy interrumpe mis cuentas.

—¿Escribías a tu novio?

—¿Nacho? No, qué va, no es mi novio.

Sobreviene el silencio mientras Tamy me guía hacia su siguiente parada. Yo he quedado satisfecha con mi respuesta, pero mi interlocutora me mira arqueando una ceja.

—Normalmente si alguien te hace una pregunta y después de responder esa persona sigue observándote, quiere decir que espera que contestes algo más, ¿lo sabías?

La miro con la boca un poco abierta, sintiéndome mal por no saber llevar una conversación normal.

—Perdona... —Cierro los ojos y vuelvo a inspirar—. No tengo novio, Nacho es mi compañero de estudios, supongo que es como un hermano.

—¿Supones?

—Yo no tengo hermanos biológicos o adoptivos, así que no sé si sería así realmente.

Me encojo de hombros. Durante la siguiente hora observo a Tamy desde una distancia prudencial: a algunos niños les lee, a otros les pinta la cara y con otros simplemente se abraza y les acaricia la

cabeza con ternura. Admiro la fuerza con la que les entretiene y anima, dándome cuenta de que quiero aprender de ella todo lo posible.

Entre niño y niño conversamos de bastantes cosas... o más bien Tamy me pregunta, yo respondo y ella me habla de sí misma esquivando con soltura silencios incómodos. Empiezo a conocer superficialmente su vida: me habla de que está a la espera de comenzar su último año en empresariales para poder sacar adelante el negocio familiar sin depender de un contable, enlazando todo ello con rápidos resúmenes de sus veintisiete años de vida. Contagiada de su entusiasmo vital sonrió con mayor frecuencia y mis mensajes a Nacho son cada vez más humanos y menos rígidos, a la vez que los suyos tienen cada vez más caritas enfadadas. Cuando llegamos al final del pasillo le traduzco los últimos mensajes de Nacho y ella se echa a reír.

—Si no te importa voy a ir contigo a disculparme con él en persona. ¿Os quedáis en la residencia de estudiantes este curso? Tengo entendido que aún está cerrada...

—No, elegimos Toronto precisamente porque Nacho tiene familia aquí: así nos ahorrábamos el alojamiento. Pero yo voy a intentar buscar mi propio espacio.

—Entiendo... ¿tú sola o compartiendo piso con alguien?

—Lo más cómodo sería estar yo sola, pero tengo muy en cuenta que mi presupuesto es limitado... quizás tenga que quedarme en casa de la prima de Nacho hasta que termine el curso.

—Pero, ¿ha pasado algo con ella?

—Con ella no.

La conversación termina unilateralmente de forma abrupta. No quiero contarle más sobre ese aspecto.

Distingo la puerta de la cafetería y acelero el paso; justo antes de entrar me vuelvo y veo que Tamy se muerde el labio un poco, quizás arrepintiéndose de haber entrado en terreno pantanoso, existencialmente hablando.

Diez segundos después paso del malestar por los recuerdos al malestar por recibir una bronca monumental. Mirando al suelo junto las manos y me encojo un poco sobre mí misma mientras Nacho me reprende (bien alto y mezclando inglés y español lo justo para que todo el mundo se entere de lo mala amiga que soy) por haberle dejado tanto tiempo solo en un entorno desconocido. Todo se acaba cuando me aclaro la garganta y le pregunto, sincera y avergonzada:

—¿Qué quieres decir con “dejarte tirado”? ¿Has estado en el suelo todo el rato? Si no te has sentado es cosa tuya.

Antes de que la posibilidad de regenerarme con un vuelo vía ventana aparezca en la mente de Nacho, Tamy intercede.

—Lo siento, Julia estaba conmigo visitando a unos niños. Me ha dicho desde el principio que estabas aquí, pero he seguido arrastrándola por las habitaciones. Si quieres echarle la bronca a alguien, que sea a mí.

Nacho se pellizca el puente de la nariz y respira hondo.

—Lo siento, Julia, me he pasado, pero es que me estaba poniendo nervioso. —Nacho deja de mirarme para centrarse en Tamy—. Nunca se para a hablar con alguien desconocido, así que cuando ha empezado a mandarme mensajes diciéndome que estaba con otra persona me he agobiado un poco.

—Gracias por preocuparte por mí, de verdad, pero ya has visto, ¡no hacía falta! Me estaba comportando como una persona normal para variar.

Tamy sonrío y da una palmada que provoca una oleada de miradas hacia nuestra posición, pero ella no parece darse cuenta.

—¡Listo! Una vez aclarado todo y tranquilos los tres, ¿qué os parece si os enseño un poco la ciudad y los sitios interesantes a los que ir?

Nacho y yo nos miramos. Ambos asentimos y Tamy nos indica con un gesto que la sigamos. En menos de cinco minutos hemos salido a la calle, dispuestos a aprender todo lo posible de la ciudad que nos acogerá durante todo el curso.

Nunca había tenido tanta afinidad con una chica como con Tamy. No sólo me parece divertida y vital: es sensata, trabajadora y tiene una paciencia increíble conmigo.

La tarde transcurre entre lugares inexplorados que abren nuevos pasillos en el almacén de la memoria y la charla animada de mis dos acompañantes, que intercambian historias y pensamientos dejándome pronto atrás. Tamy se da cuenta poco a poco de mis particularidades y, aconsejada por Nacho, decide no presionarme para que socialice en según qué momentos.

No dejamos de andar durante un buen rato. Pronto mis acompañantes renuncian a seguir mi extremadamente lento caminar, proporcionándome la oportunidad de examinar y fisgar en silencio todo lo que me rodea unos cuantos pasos por detrás. Los escaparates me asombran por la sobriedad y el estilo que desprenden, la gente me parece un poco más amistosa que en España y la caminata me resulta de

lo más vivificante. Cuando salgo de mi mundo de curiosidad innata me doy cuenta de que Nacho está sudando un poco y de que Tamy está eufórica por poder mostrar lo que su ciudad puede ofrecernos.

Uno de esos aspectos se muestra imponente justo delante de nosotros al cabo de veinte minutos.

—Chicos, os presento a la Torre CN. ¡Torre CN, saluda!

—Menuda pasada. Como dice el chiste, desde ahí arriba seguro que se ve *Torontontero*...

Nacho observa con asombro la imponente construcción. Abro la boca, maravillada, decidiendo tengo que subir allí. Cómo y cuándo vaya a ser no me importa, pero quiero pegarme al cristal y ver el mar al fondo, pensar que en realidad estoy flotando en el cielo contemplando el espectáculo de las olas estrellándose contra la orilla, el puerto y las rocas. Interiorizo el creciente olor a mar, reservándomelo para cuando esté allí arriba. Algo me roza la mano y vuelvo al planeta tierra: Tamy me sonríe.

—Impresionante, ¿eh?

—Y que lo digas...

Vuelvo la vista a las cristaleras, totalmente eclipsada por la altura y magnificencia de la construcción.

—Vamos, os invito a algo. ¡Toronto os da oficialmente la bienvenida!

A regañadientes aparto la vista de la Torre siguiendo a Nacho y a Tamy. Llegamos hasta un acogedor y funcional establecimiento llamado *Second Cup*; no bien termino de entrar en la espaciosa cafetería, mi olfato, que hasta ese momento disfrutaba del olor a mar a mis espaldas y a hierba proveniente del pequeño parque a mi derecha, queda anulado por el aroma amargo del café. Pedimos bebidas que nos refresquen y buscamos un sitio con la mirada para relajarnos.

Una vez sentados en la mesa, me vuelvo más comunicativa con Nacho y Tamy contestando preguntas e incluso formulándolas para sorpresa de ambos. Durante los silencios una parte de mi mente organiza y selecciona una lista de sitios que debo visitar: no solo la Torre, también la playa y el acuario por el que hemos pasado para llegar a la cafetería, además de varias tiendas que me han llamado la atención. Nacho y yo intentamos hacernos con el acento de Toronto conversando con Tamy, intercambiándonos ya los teléfonos y agregándonos al Facebook para no perder el contacto.

Unos minutos después sale a colación el tema de las parejas. Me reclino en la silla, invirtiendo mi tiempo en pensar en más cosas que

he visto y que quiero visitar. Aun así escucho cómo Tamy habla de Owen, un chico de casi treinta años que le pidió matrimonio antes de irse de maniobras y del que está perdidamente enamorada desde los dieciocho. También vuelvo a soportar la retahíla de circunstancias que propiciaron la chispa del amor entre Nacho y Silvia.

Mi increíble capacidad de atención selectiva decide actuar por su cuenta pasada una media hora de conversación.

—El piso es demasiado grande para mí sola. Cuando Owen no está de maniobras viene a casa los fines de semana, pero aun así...

—Yo iré a vivir contigo.

Nacho y Tamy se vuelven para mirarme, estupefactos.

—¿Qué?

—Nacho, es perfecto. Tamy y yo nos hacemos compañía, me enseña a socializarme, consigo ser independiente y la ayudo con la mitad del alquiler. Más de una vez me has dicho que necesitaba un toque femenino en la vida. Bueno, ¡pues la tienes delante! Además, trabaja de voluntaria en el hospital, así que coincidiremos mucho los tres.

Mi interlocutor se inclina hacia delante y abre la boca, deseando soltar múltiples objeciones a mis sólidos argumentos con una expresión mezcla de desconcierto, inseguridad y “se ha vuelto definitivamente loca”. Mi pecho experimenta una sensación de felicidad plena cuando me fijo en Tamy: no rechaza la propuesta; es más, parece estar planteándose seriamente.

—Tamy, espero que no te ofendas, me has caído muy bien, pero...

—Vamos a hacer una cosa. —Levanto las manos, dispuesta a llegar a un acuerdo—. Hemos llegado con un mes de tiempo hasta que empiece el curso. Conozcámonos los tres estos días; salgamos por Toronto, vayamos a comer al parque, no sé, cosas que haga la gente normal. Si pasado un tiempo lo que propongo parece mala idea, no se hace y punto.

Nacho se lleva una mano a la barbilla, pensativo. Tamy se muerde el labio, pero finalmente sonríe y se da una palmada en las rodillas.

—Yo estoy de acuerdo.

Ambas sonreímos ampliamente, volviendo la cabeza hacia Nacho, esperando su veredicto; al final mi hermano simbólico suspira y alza las manos, derrotado.

—Cuando algo se le mete entre ceja y ceja no hay manera de hacerle cambiar de idea, así que más me vale estar de acuerdo y ver cómo se desarrolla la situación.



—Vamos a llegar tarde por tu culpa.

Entrecierro los ojos mirando mal a Nacho, que está todavía en pijama.

—El piso de Tamy no va a irse a ninguna parte. —Habla sin girarse mientras escribe, seguramente a Silvia—. Además, sabes de sobra que nos cuesta veinte minutos llegar, y aún falta como una hora para que empiece su fiesta de cumpleaños.

—¡Cuarenta y tres minutos! —Me cruzo de brazos y suspiro rápidamente, indignada—. Nacho, de verdad, me exaspera tu falta de puntualidad.

—Y a mí me exasperas tú y no te digo nada.

Despliego los brazos apretando los puños cuatro veces y salgo de su habitación directa a la mía. Me han bastado nueve días de convivencia para saber que Nacho y yo nunca seríamos buenos compañeros de piso: nuestras manías y costumbres chocan como dos trenes de alta velocidad en la misma vía.

—¡Con tu comportamiento sólo consigues que crea que tu persistente descontrol y desidia son sólo un plan para volverme loca!

—¡No puedes culparme de algo que ya venía de serie!

Su risa todavía me enfurece más. Me siento en la cama y me llevo las manos a la cabeza. Sin embargo, escucho al otro lado del pasillo cómo el ordenador se apaga y unos cajones se abren y se cierran. Nacho pasa por la puerta de mi cuarto directo al baño, donde se afeita en tiempo récord con la maquinilla eléctrica y se viste aún a mayor velocidad. En menos de diez minutos está totalmente arreglado y en el umbral de mi puerta, mirándome de manera indescifrable.

—¿Qué?

—Que me digas si estoy guapo.

Saca pecho poniéndose de perfil, mirándome de reojo con una ceja alzada. Ladeo la cabeza para mirarle desde una perspectiva más cómoda, analizando todos los arquetipos de belleza masculina que conozco.

—Debo reconocer que sí, estás muy guapo, aunque deberías comer más sano y hacer un poco de ejercicio.

—*Yastamos* —masculla, resoplando—. Con lo primero bastaba.

—Sabes que lo digo por tu bien. Si tus vasos sanguíneos pudieran hablar me darían las gracias.

—A ti también te sobran un par de kilos, señora del “te lo digo por tu bien”.

Me encojo de hombros.

—Pero porque yo no quiero estar delgada. Me basta con sentirme bien y que en las analíticas no haya picos de colesterol o anemia.

Me aliso el entallado vestido rojo con flores negras, intentando aparentar que su comentario no me ha afectado. Me levanto de la cama y doy unos pasos hacia la puerta: he decidido calzarme las manolestinas hasta que llegemos a casa de Tamy, donde me pondré los zapatos de tacón para que nadie tenga que agacharse demasiado al saludarme o hablar conmigo.

—Estás preciosa.

Me tiende una mano y dudo un poco antes de estrechársela, pero cuando finalmente lo hago esbozo algo parecido a una sonrisa satisfecha mirando al suelo. Tira de mí y nos dirigimos por el pasillo hasta las escaleras; cojo el bolso, una chaquetilla negra, le señalo a Nacho la bolsa con el regalo para Tamy y salimos por la puerta principal.

El piso de la cumpleañosera está en la calle Christie y tenemos que coger el metro para poder llegar. Nuestro trayecto pasa por andar desde la mitad de la calle St. Nicholas hasta la plataforma oeste de la estación Yonge de metro y recorrer el centro de Toronto por sus oscuras entrañas.

Una vez en la superficie y andados unos pocos metros, llegamos al edificio donde vive Tamy y llamamos al timbre; mientras esperamos aprovecho para ponerme los tacones. La puerta se abre con un chasquido eléctrico y subimos las escaleras un piso, como otras tantas veces estos días, sólo que en esta ocasión nos recibe un chico muy alto, rapado al dos y de color.

—Vosotros debéis de ser los amigos españoles de Tamy, ¿verdad?

—Así es. —Nacho se adelanta y le tiende una mano que el desconocido estrecha con una sonrisa—. Mi nombre es Nacho y ella es Julia.

—Encantado. —Le miro con curiosidad, pensando que dado que nos habla despacio y un poco alto, quizás tenga algún tipo de deficiencia cognitiva—. Mi nombre es Deon, soy el hermano de Tamitha.

Sin esperar a que le dé permiso se acerca y me da dos besos muy sonoros. Me quedo petrificada, mirando el vacío mientras Deon nos invita a entrar en la casa. Nacho tira de mí ahogando una risa y yo comienzo a parpadear.



—¿De verdad me acaba de tocar?

—Eso parece, sí.

Me agarro a su brazo mientras cruzamos el umbral y la puerta se cierra. El piso es pequeño pero muy acogedor, con cada espacio utilizable increíblemente bien aprovechado. La cocina hace las veces de comedor, compartiendo espacio con una televisión y un sofá de dos plazas. A la derecha se encuentra una gran ventana con un pequeño armario verde con cajones para guardar desde vajilla hasta el mando de repuesto de la televisión, según nos explicó Tamy la primera vez que nos invitó a cenar. Yo había atendido solo hasta media explicación, lo justo para saber que era un espacio firme que aguantaría mi peso sin problemas. Durante el resto de la noche me había dedicado a reservar ese espacio en la ventana para ver de primera mano cómo oscurecía Toronto.

El resto del espacio útil del piso se divide en dos habitaciones y un baño. Tamy nos confirmó en la primera visita que ella había elegido la habitación del final del pasillo porque era la más espaciosa y luminosa, además de contar con una cama de matrimonio, pero cuando entré para ver la otra no me pareció que estuviera nada mal: para alguien de mayor tamaño quizás fuera agobiante, pero para mí resulta perfecta.

Ya desde un primer momento me veía viviendo en esta casa, aunque decidí que no me mostraría impulsiva y estudiaría todos los factores y variables: la convivencia con Nacho (de pesadilla), la reciente amistad con Tamy y nuestra propia compatibilidad (de momento nada me ha hecho pensar que no somos viables como compañeras de piso) y el precio del alquiler que ella me exigiera (aunque tuviera muchas ganas de vivir en el piso, si el coste de este excedía a mi presupuesto no podría permitírmelo).

El presente se abre camino con fuerza entre mis cavilaciones: en el salón de la casa se concentran otras tres almas, ansiosas por saludar a los últimos invitados del cumpleaños. Una de esas personas es Tamy, que se acerca a Nacho y le recibe con un intenso abrazo. Cuando se dirige a mí lo hace con delicadeza, con un simple saludo de mano y un roce a modo de tentativa en el brazo. Le respondo con una sonrisa en los labios, encantada de su comportamiento para conmigo.

—Bueno, ¡presentaciones oficiales! Owen. —Señala con el dedo a un chico alto, muy musculado. Es moreno y de piel lechosa, con unos increíbles ojos de color aguamarina y sonrisa franca. No sabía que su prometido fuese blanco y me sorprende un poco, pero decido que me encanta y que hacen muy buena pareja—. Estos son Nacho y Julia.

Owen se acerca, le estrecha la mano a Nacho y me sonrío con tolerancia y simpatía.

—Es un placer conoceros en persona, chicos.

Tamy se cuelga de su cuello, recibiendo un gran abrazo en respuesta antes de proseguir.

—El cachondo que os ha abierto la puerta es mi hermano pequeño, Deon.

Él nos hace un gesto, observándonos con interés.

—Espero que nos veamos muy a menudo...

Clava sus ojos pardos en mí, consiguiendo que me sienta incómoda. Tamy sigue a lo suyo, eufórica por tenernos a todos en el salón de su hogar.

—¡¡Seguro que sí!! De hecho, espero que esta noche ya tenga nueva compañera de piso.

Nos sentamos, distribuidos entre el sofá y las sillas colocadas para la ocasión. Un par de minutos después, Deon y Owen ya han agregado a la conversación que estaban llevando a Nacho, que una vez superado el primer contacto se integra hablando de fútbol europeo con ellos. Tamy, entre tanto, se desahoga conmigo hablándome de una niña del hospital que, después de un brote de sarampión, ha perdido su capacidad auditiva; mi (espero) futura compañera de piso me interroga sobre signos que la ayuden a entenderse con ella. Es un tema que, en parte, me avergüenza; al fin y al cabo la niña va a tener que recurrir al lenguaje de signos por necesidad. Yo tenía seis años cuando descubrí que había gente que podría hablar sin tener que pronunciar sonido, algo que me hastiaba e incomodaba. Protesté e insistí por escrito, llegando incluso a dejar de comer, hasta que mi padre aprendió conmigo y me sirvió de conexión con el mundo. De esa manera llegué a la adolescencia: pronunciaba algunas palabras ocasionalmente, pero prefería expresarme con las manos. Cuando terminé bachiller hice de mi particularidad un trabajo, empleándome a fondo en estudiar todo lo relacionado con el aprendizaje de esta magnífica herramienta de comunicación, hasta enfrentarme al reto de la carrera de enfermería. Una cinta amarilla y negra me advierte en contra de seguir avanzando por ese pasillo de recuerdos. Parece decirme «Cuidado, dentro sólo te esperan dolor, decepción y soledad». Le hago caso inmediatamente.

Un par de conversaciones después, Owen y Deon van hasta la nevera para sacar la tarta de cumpleaños en la que clavan y encienden veintiocho velas. Aplaudo por cortesía con el resto de personas de la

habitación una vez Tamy las apaga de un soplo y me pide una porción de tarta. Nacho, encargado de custodiar el regalo compartido, le tiende a Tamy la bolsa que contiene una tarjeta de regalo de iTunes de 50 dólares.

—No sabíamos qué regalarte. —Nacho se encoge de hombros—. Así que pensamos en darte esto y que tú decidieras tu propio regalo.

Yo asiento, corroborando su afirmación, y Tamy nos mira muy ilusionada y agradecida. Se levanta, abraza de nuevo a Nacho y a mí me aprieta una mano.

—Muchas gracias, chicos.

—Además te va a venir genial...

Todos nos volvemos hacia Owen, que sujeta entre las manos una caja en la que se puede leer iPhone con un lacito pegado. Tamy se queda con la boca abierta ante semejante dispendio y noto que duda entre darle las gracias y echarle la bronca. Opta por lo primero (para alivio de Owen) y le da un casto beso en los labios antes de abrazarle con fuerza.

Horas después, pasada ya la increíble sesión de comida china a domicilio, Owen retira el sofá sin esfuerzo, Tamy coloca los cojines en el suelo y preparamos un gran Monopoly. Me quito los tacones antes de sentarme en el suelo, Nacho y Deon intentan explicarme la finalidad del juego (con lo que se granjean unas cuantas risas a mi costa) y comienza la partida; no tardando mucho y para exasperación del resto, empiezo a amasar una gran cantidad de billetes falsos en mi banca personal. Tengo a mi lado derecho a Nacho, en el izquierdo a Deon y, enfrente, a la pareja anfitriona, todos dirigiendo miradas entrecerradas hacia mi persona.

—Es la suerte del principiante —me increpa Nacho con rencor, pero no le hago caso.

—Este juego es de probabilidades y estrategia, la suerte no tiene mucho que ver.

—Yo sólo te digo que si ganas no vas a entrar en casa de Isa.

Todos reímos y seguimos jugando. A medida que mis casas verdes se transforman en rojos mausoleos del horror para mis compañeros de partida, noto que la distancia entre Deon y mi persona se acorta; si lo hace por distraerme, efectivamente lo consigue y empiezo a jugar mal. Respiro hondo, recordando que apartarme bruscamente de una persona es de mala educación. Mi concentración aumenta cuando me levanto a por agua y trazo mentalmente una estrategia. Diez minutos después mi último rival, Owen debe empeñar una estación para pagarme y yo

sé que no puede hacer nada... hasta que una carta desconocida hasta ahora, versada en impuestos por casas y hoteles, hace su aparición y mi fortuna mengua considerablemente pasando al prometido de Tamy en la siguiente vuelta, el cual no tarda en machacarme. Después de perder tan estrepitosamente le doy la mano a Owen, cierro los ojos y me tumbo sobre la alfombra del salón, a la altura de mi ánimo.

—Mi reino por un hotel...

Alguien se sienta a mi lado y me toca la rodilla suavemente, provocando una reacción de alarma por mi parte. Me tranquiliza ver que es Tamy y no el pesado de su hermano.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro.

Me incorpоро y le observo las pestañas, haciéndole creer que la miro directamente a ella sin sentirme incómoda manteniendo el contacto visual.

—He estado hablando con Owen; está de acuerdo con que tenga una compañera de piso y le parece estupendo que seas tú.

Nacho se inclina un poco, escuchando atentamente mientras Tamy me habla del alquiler y los gastos del apartamento. Cuando me doy cuenta de que la cifra está muy por debajo del umbral de desembolso que yo tenía en mente, sonrío.

—Bueno, entonces solo queda decidir cuándo traslado mis cosas, ¿no?

Tamy me sonrío y el corazón me da un vuelco. Miro a mi alrededor y saludo mentalmente a mi nuevo hogar hasta que una voz masculina interrumpe mi discurso silencioso.

—¿Os puedo echar una mano con el asunto del alquiler? —Tamy y yo miramos a Deon bastante dubitativas: sonrío con aire misterioso y casi puedo oír a la voz de mi conciencia decir «Sea lo que sea, di que *no* educadamente». Vosotros no lo sabéis... —Nos señala a Nacho y a mí—... pero trabajo de coordinador en una agencia de *casting*. Ahora mismo están buscando a dos chicas como extras para una serie; no es nada importante, un par de segundos según tengo entendido: ningún riesgo, dinero fácil. Si os interesa os podría enchufar.

Se encoge de hombros, dando a entender que seríamos tontas al rechazar la oferta. Tamy se muerde el labio inferior con entusiasmo; yo, con cierta reticencia. Sin embargo, cuando termina la noche, dos cosas me quedan muy claras: que esta misma semana me mudo y que voy a participar en la grabación de una serie de televisión.

# Septiembre



No puedo creer que ya haya transcurrido un mes desde que llegué a Toronto y que sea dos de septiembre. No puedo creer que en menos de una semana comience la universidad.

No puedo creer que Deon nos haya engañado de semejante manera.

Lo que, en cambio, sí puedo creer es que la serie busque extras continuamente: no deja de morir gente entre bambalinas.

Metafóricamente hablando.

No sé por qué tiene tanto éxito algo tan explotado anteriormente, tanto en novela como en cine y televisión: la serie gira en torno a un grupo de policías capitaneados por la detective Ann Tally (una atractiva e inteligente mujer) que intentan atrapar a una serie de asesinos más o menos recurrentes, entre los que destaca especialmente un perturbado mental que se dedica a matar a jovencitas siempre con el mismo *modus operandi*, cuchillo jamonero en ristre. Entre tanto, la protagonista intenta demostrar que vale tanto o más que sus compañeros a base de esfuerzo, dedicación y sacrificio personal.

El dato de audiencia que me ha dejado caer Tamy antes de irse con las peluqueras a otra sección del estudio de grabación interrumpe mi monólogo interno sobre lo poco que sé del argumento: esos ocho millones de espectadores que vieron en directo el último capítulo de la segunda temporada, contando solo Estados Unidos. Desde que ese dato se coló en mi vida sólo he podido preguntarme una cosa: ¿qué tiene la serie para hacerla tan atractiva?

Dejo las cavilaciones a un lado cuando una chica me trae la ropa que me tengo que poner y me indica que, cuando esté lista, salga y espere al lado de una falsa cocina situada a unos cuantos metros a mi derecha. Me abandona en el improvisado vestuario donde permanecemos todos los extras que actuamos hoy (hay muchos que, como yo, van a morir) y yo me fijo en la ropa.

—Tiene que ser una broma...

La archiconocida gata blanca llamada Kitty me saluda desde el centro de un pijama rosa horrible con unas zapatillas a juego. Suspiro, entro dentro de un cambiador y hago lo que me han ordenado, pensando en que el dinero me vendrá bien para pagar mi parte del alquiler y los materiales que necesitaré para el curso.

—Adivina qué me acaba de pasar.

Parpadeo un par de veces; estaba mirando fijamente una veta oscura en la madera del marco de la falsa puerta de la cocina, pensando en otras vetas similares vistas a lo largo de mi existencia e intentando mantener a raya los nervios del rodaje.

—Si tuviera el don de la clarividencia ten por seguro que me dedicaría a mirar los números de la lotería, Tamy, no espiaría tu futuro.

Observo que su ropa de rodaje consta de un uniforme de camarera y una gabardina. Lleva el cabello recogido en un moño que parece improvisado pero que ha requerido de unos quince minutos de peluquería y unos zapatos planos, a juego con la falda.

—Me lo tomaré como un “continúa, amiga, te escucho”. —Tamy se planta delante de mí y me coge las manos, sonriendo de oreja a oreja—. ¡¡He estado hablando con Matt Jensen!!

—¿Con... quién?

—Ay... —Arqueo una ceja y espero a que continúe; Tamy suspira profundamente—. Es el actor con el que vamos a grabar ahora, Julia. —Baja el tono de voz intentando mostrarse más confidente, gesto totalmente innecesario: con el ruido y el ajetreo de técnicos y ayudantes nadie nos está escuchando ni prestando atención—. Resulta que él habla personalmente con todas las personas con las que graba y se interesa por ellas.

Suspiro con incredulidad e impaciencia.

—¿Puedo serte franca?

—No; ya me imaginaba que me dirías algo así como “no me importa lo más mínimo”, pero en mi lucha a favor de que seas más

sociable te diré que no muchos actores y actrices se interesan así por la gente y que es digno de admiración.

—¿A la misma altura de admiración que los científicos que en un futuro van a descubrir la cura para el cáncer, o a otro nivel distinto?

—Eres imposible.

Tamy hace un mohín y yo me encojo de hombros; no encuentro qué relación hay entre el hecho de que dos personas hablen y la admiración. Miro hacia arriba, pensativa durante unos segundos.

—Además, discrepo en lo de que “habla personalmente con todas las personas con las que trabaja”; a mí solo se me han acercado las maquilladoras y las peluqueras para decirme que no iban a retocarme nada porque tiene que parecer que llevo horas en casa. Oh, y ese tipo —añado y señalo a un hombre larguirucho con cara de estrés—, me ha pasado una hoja con el guión.

—¿Ya sabes quién muere primero?

—No.

—¿Y a qué esperas!?

Tamy se ríe con nerviosismo y yo esbozo una sonrisa para complacerla. Después de leer por encima el folio le explico brevemente la escena: dos muchachas se preparan para cenar en su piso; mientras la Chica1 habla animadamente con la Chica2 desde la cocina, el asesino entra por la ventana, acabando con la vida de su compañera de piso sin que esta tenga mucho diálogo. La Chica1 sigue a lo suyo hasta que siente algo a su espalda. Se da la vuelta y descubre la figura ensangrentada del atacante para morir acto seguido.

—Nos han repartido ya los personajes.

Hago una mueca, pensando en que quizás el pijama rosa pegaría más con la forma de ser de Tamy que con la mía.

—¿A cuál de las dos enfocan más rato?

—*Mmm...* —Reviso el *script* de nuevo, leyendo con atención las indicaciones de cámara; decido leer en alto las notas de producción—. “La Chica2 comienza a cambiarse de ropa en la habitación. Se escucha la voz en la cocina de la Chica1 mientras enfocan la acción en el intruso, que entra por la ventana, y en la Chica2. Cambio de plano a la cocina. Se enfocan las manos de la primera mientras sigue cocinando. Chica1 se vuelve. Apuñalamiento. Se enfocan las piernas y cómo estas se doblan al dejar caer todo el peso. El asesino la posa con suavidad; primer plano de su rostro inexpresivo. Fundido en negro”. Tu personaje sale más, creo.

—¡Estupendo!

Asiento, conforme (ahora sí) con el reparto y con no tener que quitarme la ropa delante de la cámara y enseñar los tatuajes; coloco la hoja entre las dos, aunque a los cinco minutos se la cedo completamente y busco de nuevo la veta oscura; no me ha hecho falta mucho para entender el contexto de la conversación (totalmente banal) y memorizar las seis frases que componen mi intervención. Pasados diez minutos se hace un silencio sepulcral, comienza la grabación de otra escena y Tamy y yo observamos todo atentamente. A la tercera repetición suspiro y dejo de prestar atención. Noto una sacudida silenciosa en el brazo: Tamy señala a un chico que porta unos extraños cables y unas cuantas bolsas del tamaño de la palma de mi mano.

—¿Quién es la Chica2? —pregunta en un susurro quedo.

Tamy se señala, esperando no ser una molestia para el equipo de grabación. El chico se identifica como maquillador del equipo de caracterización y le pide que se levante un palmo la camiseta para colocarle el dispositivo que expulsará la sangre falsa en el momento indicado. Frunzo un poco el ceño ante el inminente contacto humano pensando que después me tocará a mí y me abrazo el pecho. Cuando el maquillador termina con Tamy se acerca a mí.

—No hace falta ponerte nada, no se te va a enfocar la herida en ningún momento.

Suspiro de alivio y sonrío, esta vez de manera totalmente natural y sincera. Terminan de grabar la escena y el mundo vuelve a tener sonido: a nuestro alrededor resurge el bullicio, las carreras y las indicaciones. Un ayudante de producción aparece de la nada y reclama frenéticamente nuestra atención.

—¡Seguidme!

Observo a Tamy de soslayo; tiene la mirada encendida con determinación y entusiasmo. Yo empiezo a no encontrarme bien: noto la boca seca y una presión en el estómago muy desagradable.

El hombre, acelerado, nos conduce hasta el centro de la falsa cocina, separándonos nada más llegar. La loneta gris claro del suelo deja paso a una moqueta oscura abruptamente, abriéndose ante mí una habitación cortada por la mitad compuesta de una cocina a la izquierda, amueblada esta con una pequeña mesa de aluminio y contrachapado cubierta por un mantel de flores naranjas, cocina equipada con grifo, vitrocerámica, dos armarios cajoneros, nevera, un variado menaje del hogar y lo que parece ser una lavadora; a la derecha una puerta que



da, presumiblemente, a la habitación donde el personaje de Tamy va a morir.

La verdad es que en esa sección del estudio huele de maravilla y enseguida entiendo el por qué: una mujer está delante de la vitrocerámica y remueve con gracia una salsa mezcla de carne y tomate. Los nervios quedan casi extinguidos en el momento en el que inspiro profundamente, llenándome la nariz de ese delicioso y evocador aroma que me hace salivar.

Me colocan frente a la sartén y empiezo a remover con cuidado, procurando que no se pegue y escuchando ruidos de voces y pasos al otro lado de la habitación.

Desde mi punto de vista quedan desvelados algunos de los trampantojos que el espectador no percibe: botes cortados por la mitad estratégicamente colocados para tapar el objetivo de la cámara, azulejos superpuestos que crean una profundidad que no existe, una lámpara que cuelga de unas vigas de madera desnudas y crea la ilusión de un techo bajo... Sin apartar los ojos de la receta a medio preparar, compruebo que las zapatillas de estar por casa que me han dado tienen varios centímetros de más y me siento alta, satisfecha con este espontáneo crecimiento.

Encienden la iluminación de la pared de la cocina y parpadeo hasta acostumbrarme. El equipo técnico hace su aparición en silencio, dándome a entender que están grabando otra escena cerca. Me colocan en posición diligentemente y sin tocarme mucho, lo cual me permite seguir con relativa tranquilidad.

Alguien trae una gran vara con distintas medidas; como se dirigen primero a la habitación, no puedo saber cuál es el objetivo del misterioso listón y eso me hace fruncir el ceño, frustrada. Bajo un poco el fuego para poder observar el trabajo de estudio que me rodea más detenidamente, dejando que la curiosidad se apodere de mí.

Un par de minutos más tarde, los portadores del palo abren la puerta del dormitorio y se acercan con el peculiar instrumento, permitiéndome llegar a una conclusión: ya que la madera tiene marcadas todas las alturas de los actores, esta sirve para saber a qué altura han de colocar la cámara, para que no se vea un plano demasiado extremo sin tener que recurrir a movilizar demasiado a los actores.

Cuando la ponen junto a mí, puedo observar que las actrices recurrentes tienen tres marcas: sobre plano, en tacones de cinco centímetros y en tacones de ocho centímetros. Me pongo tan roja

como el tomate que bulle en el fuego al darme cuenta de que el actor que interpreta al asesino mide nada más y nada menos que un metro ochenta y nueve centímetros.

En un folio con celdillas apuntan todas las alturas a las que colocarán la cámara a lo largo del recorrido de raíles. Me centro de nuevo en los fogones, intentando no pensar en que se me va a ver ridículamente pequeña.

—Toma. —Una chica de producción viene con un delantal corto de colorines, una cebolla, un tomate, un par de cogollos y bastantes hojas de canónigos—. Vamos a grabarte ahora sin audio, enfocándote las manos mientras cortas todo eso. No te pedimos que lo hagas de película; sólo hazlo como lo harías en casa.

—De acuerdo.

Me paso el delantal por la cabeza y me lo ato. Me inclino hacia delante estirando la mano hacia un guardacuchillos de madera, pero al tirar ligeramente compruebo para mi vergüenza que es puro atrezo: los mangos de plástico están pegados directamente a la madera.

—Prueba con este.

La chica se ríe cuando saca del bolsillo un cuchillo todavía en su caja de cartón original, y yo noto que me ruborizo. Agradezco que sea pequeño y ergonómico, queda relativamente bien en mi mano. Espero mientras preparan a mi alrededor luces y cámaras, colocándome enfrente de la encimera hueca para poder cortar lo que me han traído en una superficie firme. Vuelvo a aumentar el calor para que se note el vapor subiendo desde la sartén; un microcosmos de nervios y cables se cierne de repente sobre mí. Inspiro de nuevo y el olor de la salsa me teletransporta a mi casa... pero no al piso con Tamy, sino a la casa de mis padres. Gracias al olor del tomate y a los recuerdos tranquilizo mi corazón y dejo de sudar, transmitiendo esa serenidad a la falsa cocina. Me parece que en cualquier momento se va a acercar mi madre por detrás para decirme, con su peculiar tono de quisquilloso amor, que estoy haciendo algo mal.

Cuando dan la orden de grabar sigo pensando en mi casa, cortando la lechuga con mano firme pero informal; cuando tengo una cantidad bastante aceptable la recojo con el cuchillo y la meto en un cuenco cercano. Estiro la mano hacia la sartén, le doy un par de vueltas y sigo cortando, esta vez el tomate. Cuando empiezo a rogar mentalmente que no me hagan cortar la cebolla, dan por buena la toma y apagan momentáneamente las luces. Dejo el cuchillo en la tabla y

suspiro, temblando ligeramente y abandonando mi hogar para regresar a Toronto, sintiéndome orgullosa por no haberme rebanado un dedo. Sonrío y me vuelvo, buscando a Tamy con la mirada y encontrándome con otra que no esperaba.

Alguien le ha dado al botón *pause* del mundo.

Mi amiga está dándome parcialmente la espalda, moviendo las manos con nerviosismo mientras conversa con un hombre de gesto muy serio y adusto al que no sé clasificar por edad, aunque yo diría que unos cuarenta. Tiene el cabello semilargo peinado hacia atrás y está cubierto totalmente de negro: en la parte superior, un jersey fino que le marca toda la musculatura del pecho, el vientre y los brazos; en la inferior, un pantalón ancho con una amplia variedad de bolsillos. De uno de ellos, el más abultado, asoman unos guantes de cuero.

Visto y no visto, retengo su imagen en la memoria, volviéndome rápidamente hacia el fuego todavía encendido y seleccionando mentalmente todos los detalles que me interesan. Si tuviera que quedarme con un aspecto de su anatomía (que me ha parecido cuidada pero no hasta la exageración, todo su cuerpo muy bien compensado) serían sus ojos oscuros... y me pregunto automáticamente por qué. Dentro del estándar de la belleza ocular no son nada del otro mundo: no son de un color peculiar (o al menos esa impresión dan desde lejos), ni tienen una forma perfecta. Frunzo el ceño ante la verdadera respuesta. Es una realidad incómoda, fruto seguro de las ideas románticas con las que Tamy ha estado bombardeándome desde que vivimos juntas: lo que me gusta es su mirada, algo intangible e incuantificable.

Cierro un momento los ojos y ordeno a mi mente que se detenga lo suficiente como para aclararme las ideas. Creo una nueva caja en la estantería de las relaciones humanas y un pensamiento con forma de mano se detiene sujetando un rotulador contra la tapa, preguntándome silenciosamente qué poner. Abro la boca muy sorprendida y sigo removiendo.

Tantos segundos pensando en su persona y no tengo ni la menor idea de quién es.

Saco la imagen de la caja y la reviso en busca de algún dato que pueda llevarme a la respuesta, pero estoy bloqueada y no se me ocurre nada. Podría ser alguno de los cámaras, un conocido del hermano de Tamy, alguien de producción, inclusive algún otro extra. Sin darme cuenta remuevo con demasiado ímpetu la salsa y esta se desborda un poco.

—Joder!

Retiro la sartén del fuego y miro en rededor buscando un paño que pueda humedecer. Me doy cuenta de que, aunque hay trapos cerca, el grifo es de atrezo y, por lo tanto, no me dará agua con la que mojar la tela e intentar limpiar este estropicio. Maldigo mi torpeza extrema y mi curiosidad insana por las cosas que me llaman la atención, aunque en este caso esa “cosa” tenga aspecto de...

Mis pensamientos se paran en seco cuando enfrente de mis narices aparece mi salvación con forma de botella de agua abierta. Unos dedos largos la sujetan con fuerza; estos quedan unidos a una mano bastante grande en comparación con la mía y con un vello escaso, fino y muy claro en el dorso. El brazo, con los músculos en relativa tensión y los nervios marcados, está enfundado en tela negra... igual que el resto del cuerpo del hombre más atrayente de mi universo existencial. Mi mano reacciona por mí y coge la botella con suavidad. Musito un agradecimiento abochornado y vuelco parte del contenido de la botella en el primer trapo que encuentro, limpiando rápidamente la salsa de la vitro. Por suerte el fuego no estaba demasiado subido y, aunque el trapo humea un poco, es fácil retirar la salsa que he derramado.

Pongo de nuevo la sartén en el círculo de calor y me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano derecha, tendiéndole la botella al héroe desconocido.

—Quédatela. Sudando así te vas a deshidratar y yo puedo conseguir otra fácilmente.

Suelta una risa muy natural y grave que me hace fruncir el ceño.

—Realmente tendría que perder más de dos litros de agua para deshidratarme.

Le miro a la cara de forma generalizada, intentando evitar el contacto visual. Veo cómo abre la boca y alza la ceja derecha... si acaso puede atribuírsele ese nombre: es una línea muy poco poblada y algo rubia que tiende a la horizontalidad. Sin embargo sus ojos están un tanto hundidos, compensando la carencia de pelo con la sombra que crea el arco cigomático sobre su rostro. Los pómulos son altos y prominentes, en la misma línea que la anchura de su mandíbula. El mentón sobresale y me parece de lo más atrayente. Los labios gruesos permanecen todavía entreabiertos en una mueca de estupefacción mal disimulada. La nariz es fina; justo en el centro queda un poco arqueada y sobresaliente. En el puente de la misma puedo ver perfectamente una marca transversal e intuyo que es el resultado de la rotura de la nariz.

Casi puedo sentir el dolor en mis carnes y eso me hace tragar saliva mientras me doy cuenta de que he dejado desatendido el fuego de la sartén. Retengo de nuevo su imagen mientras sigo removiendo, sin prisa y sin querer otro accidente.

—No se lo tome a mal, señor Jensen, mi amiga es... especial. Demasiado literal, me temo.

Tamy se coloca a mi lado y me golpea el hombro, provocando que mi garganta emita un quejido involuntario. Sin darme cuenta de cómo ha pasado, alguien ha escrito en la caja de los recuerdos del “hombre desconocido” dos palabras: Matt Jensen.

—¡Que los actores se vayan preparando!

Nosotras nos tensamos, mi salvador se humedece los labios y sonrío. Tamy se despide con un gesto rápido, dispuesta a morir las veces que haga falta.

—¿Es tu primera vez?

—¿Quemando la salsa? No.

Mi interlocutor aprieta la boca intentando ocultar una sonrisa.

—Demasiado literal... de acuerdo. —Inspira rápidamente mordiéndose el labio inferior—. ¿Es la primera vez que actúas?

—¿Cuentan las obras del colegio?

Matt Jensen ríe y me contagia, aunque la pregunta iba en serio. Interpreta correctamente mi silencio y carraspea.

—A nivel profesional. —Asiento, maldiciéndome por no saber qué más puedo decirle—. ¿Qué hace una mujer tan literal trabajando en algo donde nada es lo que parece?

Saca un cuchillo del bolsillo y doy un paso atrás, alarmada. Si el señor Jensen se da cuenta decide no darse por aludido y, sujetando el mango con la mano izquierda, presiona la hoja contra la palma de la mano derecha. Abro los ojos, pensando que está mal de la cabeza; paso de la estupefacción a la admiración al comprobar cómo la hoja se encoge en el mango, conforme Matt Jensen me muestra el trampantojo.

—¡Hostia! —El hombre me mira, un tanto descolocado—. Perdón, es una expresión. ¿Que qué hago aquí? Pues ahora mismo sentirme engañada; cuando me dijeron que pagaría parte del alquiler como extra pensaba que iba a salir paseando detrás de alguien, no que iban a acuchillarme.

Matt Jensen se ríe y le imito, valorando que estoy menos nerviosa que antes.

—Espero que disfrutes de la experiencia. —Apoya la cadera en la falsa encimera y me mira—. A pesar del ambiente de estrés que hay a veces, la gente aquí es agradable. —Guardo silencio; no sé qué añadir a eso. Matt Jensen frunce el ceño, supongo que acostumbrado a que todo el mundo le dé conversación. Se inclina sobre la cocina y huele el contenido de la sartén—. Me alegra que hoy utilicen comida de verdad.

El comentario me hace reaccionar.

—¿Comida de verdad?

Matt Jensen esboza una mueca de satisfacción por arrancarme un par de palabras.

—Normalmente lo que se ve en televisión no es comida de verdad, aunque lo parezca. ¿No has oído hablar nunca del puré de patata con colorante para simular helados? —Niego con la cabeza, asombrada. Me encanta descubrir cosas que no sé—. La comida que aparece por televisión suele ser réplicas de goma. La verdad es que se agradece trabajar en una serie donde el guionista y la productora exigen que todo sea lo más real posible.

En ese momento la falsa cocina se ilumina por completo gracias al encendido de dos potentes focos y me vuelvo hacia Matt Jensen, encogiendo los hombros a modo de disculpa por no poder seguir hablando; él mueve la cabeza, restándole importancia a mi falta de comunicación, supongo que achacándola erróneamente al ritmo de las grabaciones. Desaparece por la puerta de la habitación y esta se cierra en silencio.

Un chico joven con el pelo negro y recogido con coleta se acerca a mí con una larga barra de aluminio de color oscuro, de la que pende un micrófono. La ajusta a la altura correspondiente y me pide decir algo para probar. Recito casi de carrerilla y con la voz más natural posible las frases en *off*, y el técnico de sonido levanta un pulgar en señal de aprobación. Me seco el sudor de las manos en el delantal y valoro beber un trago de agua para intentar tranquilizarme. Miro la boquilla de la botella y no sé si sentir deseo o repulsión... ¿habrá bebido él? Parecía bastante llena cuando me la ha entregado. Me llevo el plástico a la boca y noto cómo el frescor del líquido elemento me inunda, calma e hidrata. Alejo la botella de mí y me doy cuenta de que no tengo el tapón, así que decido esconderla entre el atrezo de latas cortadas, lejos del radio de acción de mis manos para evitar más accidentes. Espero, mirando de vez en cuando y de manera furtiva a la puerta cerrada y a los técnicos; por fin uno de los *coach* (los encargados de organizar y dirigir a pie

de rodaje a los actores) se me acerca para indicarme exactamente qué movimientos he de hacer.

—No te preocupes, encanto, yo te daré pie a todas las frases en *off*, así que puedes mirarme sin tener que actuar. Vamos a grabar la escena por partes, primero nos centraremos en la Chica2 y terminaremos contigo, ¿de acuerdo?

—Entendido.

—Y recuerda esto: eres la chica más feliz del mundo en estos momentos, así que sonríe.

Imito el gesto del técnico de sonido y levanto el pulgar, curvando mis comisuras hacia arriba y transmitiendo una seguridad que no tengo ni por asomo. Cuando el *coach* se va me empieza a rugir el estómago y con razón: llevo sin comer horas y la carne con tomate desprende un olor irresistible. No lo puedo evitar, estiro los dedos hacia la cuchara de madera con la que estaba removiendo y saco con cuidado un pedazo de carne, sopló y me lo como, masticándolo sin piedad. Estoy casi completamente segura de que es ternera, pero le falta bastante sal para mi gusto.

—¡Eh, oye! —Me vuelvo al oír la voz del *coach*, avergonzada de que me haya pillado comiendo. Creo que me va a caer una buena bronca, pero su gesto complacido me hace parpadear de sorpresa—. ¿Podrías repetirlo delante de las cámaras?

—Claro. —Comienza a volverse y me atrevo a preguntarle—: ¿Tenéis algo para echarle? Sal, alguna especia...

—Voy a preguntar.

Me llegan lejanas indicaciones y correcciones de posición y luz. Percibo un movimiento a mi izquierda y me vuelvo, recibiendo del *coach* una pequeña cesta con frasquitos. Se me ilumina la mirada al ver diminutas hojitas de orégano, ajo y cebolla en polvo además de la sal. Saco todos los frascos, dudando entre añadir o no un poco de pimienta. Me lanzo a la piscina de las decisiones poco meditadas y dejo el resto de condimentos en la esquina de la encimera, donde no desentona con los demás adornos. Los focos de mi zona vuelven a encenderse y me graban añadiendo condimentos, removiendo, soplando y probando.

Antes de que pueda ser siquiera consciente, se hace el silencio en el estudio. El *coach* me indica que comience con la voz en *off*.

—¿Qué tal ha ido el día, Cynthia?

—Faaaaaatal. —La respuesta de Tamy me llega muy apagada, pero consigo oírla y hago una mueca; intento pensar en nuestro piso cuando

me cuenta cómo ha pasado la jornada—. Hoy mi jefe ha tenido un mal día y lo ha pagado con nosotras.

—Deberías dejar de trabajar en ese sitio.

—¡Ojalá pudiera! —Oigo el sonido inconfundible del marco de la ventana al abrirse; Matt Jensen acaba de colarse en el falso piso—. No es tan fácil encontrar otro empleo en esta ciudad.

Un gemido acaba con la intervención de Tamy. Noto que me tiemblan las rodillas, pero disimulo agarrando más fuerte la sartén.

—No es justo que te contraten como auxiliar y luego hagas las tareas de un profesional, ¿estás cobrando la mitad trabajando el doble!

Un leve susurro de metal contra madera me hace ser consciente de que la puerta a mi espalda se ha abierto. Según las indicaciones del *coach* tengo que contar hasta seis, volverme y morir. Sin poder evitarlo el vello de los brazos se me pone de punta; estoy muerta de miedo y no entiendo por qué, ¡como si esto fuera real!

«Uno, dos, tres...».

Paro en seco mi cuenta mental. Una gran mano enfundada en un guante de cuero negro me tapa la boca y lanzo un grito ahogado de sorpresa. Parpadeo varias veces mientras noto un cuerpo extremadamente cálido rodeándome; su presencia y su olor están por todas partes y me revuelvo, pegándole incluso un codazo que le hace perder el ritmo de la respiración y del que mi atacante consigue reponerse en cuestión de segundos. Recuerdos muy traumáticos y dolorosos vuelven a mí con una fuerza sorprendente, haciéndome sollozar contra su guante.

Mi atacante, haciendo uso de una increíble indiferencia, utiliza la mano izquierda para sujetarme el antebrazo que sujeta la cuchara y me obliga a girar la muñeca. Me resisto, así que me aprieta todavía más contra él.

—Quieta.

Su voz me paraliza. Sé que es él, Matt Jensen, pero hubiera jurado que era otra persona. Su voz se ha convertido en un sonido totalmente frío, impersonal, desprovisto de toda la calidez con la que me había preguntado apenas diez minutos antes. Gimoteo, desesperada, con los ojos anegados en lágrimas al notar cómo guía mi muñeca hacia dentro, obligándome a girar y levantar el brazo, arqueando mi cuerpo contra el suyo. Observo de refilón, asustada y estupefacta, cómo se la lleva a los labios, prueba la carne y suspira de satisfacción. Afloja la mano que tapa mi boca y no puedo evitar alzar la voz, aunque no esté en el guión.

—¿Qué quieres de mí?



Se hace el silencio. Vuelve a mover mi mano para depositar la cuchara en el borde de la sartén en perfecto equilibrio. Sin previo aviso me gira con brusquedad y me agarra con fuerza la barbilla. Siento su mano izquierda pasar por mi cadera para sujetarme y retenerme lo más cerca posible.

—Tu vida.

Nuestras miradas chocan: el miedo más visceral contra la impasibilidad más asombrosa. Esos ojos que antes me transmitían algo entre lo dulce y lo amable ahora me traspasan y me congelan, haciéndome llorar. Es en este momento cuando noto el más atroz de los dolores en mi costado izquierdo. Me agarro a su cuello y grito. Me doblo al quedarme sin aire y cierro los ojos. Mis rodillas se tambalean y ceden; si no fuera porque Matt Jensen me está sujetando me habría precipitado hacia el suelo sin remedio. En vez de eso me arrastro penosamente, tirando de su ropa a la vez que me hago un ovillo, cogiéndome la zona herida con las manos y exhalando un suspiro entre agónico y patético. En una milésima de segundo varios entes incorpóreos se miran de soslayo en el salón de mi almacén de la memoria, preguntando si la sugestión ha sido tan grande como para sentir tal cantidad de dolor. Llegan a la conclusión de que no, que es real, que algo me ha golpeado provocando que mi costado arda y proteste con cada respiración. No solo eso, sino que además ha despertado al monstruo oculto de los recuerdos, transportándome al pozo más oscuro de mi memoria.

Al terminar de caer al suelo, casi en el umbral del desmayo, toco una de las zapatillas de Matt Jensen; este me aparta la mano con un golpe brusco de pie, podría decirse que hasta con desprecio. Veo cómo sus pasos se alejan y cierro los ojos, respirando entrecortadamente.

—¡Corten! ¡Ha sido buena!

Unos tímidos aplausos recorren la fila de los técnicos que forman parte de la grabación, aunque se detienen en el acto cuando la voz de Matt Jensen vuelve a elevarse.

—¡Llamad al médico del estudio! —Las zapatillas vuelven a mi lado y yo me encojo aún más, esperando un nuevo ataque—. ¡Joder, joder, joder! ¡Lo siento, lo siento de veras! —Matt Jensen se quita los guantes y me acaricia el rostro, volviéndolo con cuidado hacia él—. ¿Estás bien?

La sombra de Tamy me tapa el foco de luz que permanecía encendido; detrás de ella no para de llegar gente para cotillear. Dejo de verla momentáneamente al cerrar los ojos, sollozando e intentando

controlar la respiración. Cada vez que mi diafragma se expande sobreviene el dolor, casi como el de miles de agujas clavándose a la vez en mi cuerpo. Doblo las rodillas, intentando mantener una posición fetal y olvidándome de mi dignidad. Tamy me acaricia la frente con delicadeza, aunque la noto temblar.

—¿¡Pero qué diablos ha pasado!?

—¡Ha sido por el jodido cuchillo! —Oigo la voz de Matt Jensen y cierro los ojos; un deje hasta ahora desconocido en su voz le hace perder el acento americanizado que había ostentado, haciéndole marcar más las primeras consonantes dentales y las erres—. ¡El mecanismo del cuchillo ha fallado! El filo, en vez de esconderse del todo, se ha quedado enganchado a mitad y la pobre se ha llevado un buen golpe.

Oigo un sonido sordo y entreabro los ojos: el cuchillo, motivo de mi sufrimiento, ha quedado tendido a bastantes metros al salir despedido de la mano de Matt Jensen, estrellándose contra la pared de la falsa cocina. Noto cómo Tamy intenta levantarme el pijama, pero no la dejo. En estos momentos no quiero que absolutamente nadie me ponga las manos encima. Mi compañera de piso inspira hondo, intentando mostrarse totalmente comprensiva y haciéndose cargo de la situación.

—Escúchame, cielo, necesito saber si es grave ¿vale? Pero para mirarte debo tocarte un segundo...

Inspiro despacio y asiento deprisa, entendiendo que es necesario. Yo misma me subo un poco la prenda, enseñando mi costado mientras algunos ayudantes de grabación se acercan. Cuando dejo al descubierto la zona oigo bufar a Tamy.

—¿No sería mejor llevarla directamente al hospital?

El deje de pánico en la voz aparentemente neutra de Matt Jensen me impresiona. Me armo de valor y me seco las lágrimas, intentando incorporarme: efectivamente, la zona está roja y hay un pequeño derrame subcutáneo, pero creo que si tuviera algo realmente malo no podría ni moverme. Me acerco los dedos de la mano derecha a la zona, palpando alrededor del golpe lo más despacio posible.

—Ufff...

Cierro los ojos y trago saliva, notando caer lágrimas por mis mejillas; no es hasta este momento que me doy cuenta de algo: estoy agarrando la mano izquierda de Matt Jensen con fuerza, casi con desesperación. Él me acaricia los dedos despacio y eso me proporciona cierto efecto antiálgico. Mi cuerpo me traiciona miserablemente cuando le or-

deno detener ese contacto y en su lugar aprieta los dedos aún con más intensidad. Intento incorporarme y él me ayuda, pero sin llegar a recuperar la verticalidad me desestabilizo y vuelvo a gemir, muy dolorida.

—Acompañad al médico a mi camerino, voy a llevarla allí para que esté más cómoda.

Y sin mediar palabra, pedirme permiso o esperar un segundo más, me coge en brazos, pasa mis piernas por sus caderas y me levanta estrechándome contra su cuerpo. Tamy ahoga un grito, pensando que seguramente me voy a poner a patallar o a gritar (que es lo que realmente estoy intentando hacer) pero una vez más mi cuerpo me ignora y decide pasar mis brazos en torno a su pecho, asegurando una mayor inmovilidad a mi costado herido.

Me parece increíble que no trastabillo pasando a esa velocidad entre personas, cables, cámaras, focos y decorados. Un centenar de ojos nos miran con expresión de asombro mientras Matt Jensen se desliza conmigo hacia la salida del estudio. Un frío preotoñal nos envuelve y me hace tiritar a la vez que calma la zona herida. Mi portador se detiene momentáneamente delante de un exótico chico que va tatuado desde el cuello hasta presumiblemente los pies, y que le mira boquiabierto.

—¿Señor Jensen? ¿¡Pero qué hace!?

—Luca, ahora te lo explico. Abre la puerta de la *roulotte*, por favor.

Oigo un chasquido metálico a mi espalda y Matt se encoge sobre mí para poder pasar por el hueco de la puerta, rozando con su nariz mi frente. El camerino está distribuido de manera muy funcional pero un tanto desordenada: veo deportivas tiradas de cualquier manera por las esquinas, sillas mal colocadas en torno a una mesa llena de libros y *scripts* y ropa por todas partes. Luca, a quien no consigo ver bien, se apresura a dejar libre el sofá quitando una mochila de deporte y una chaqueta de cuero, dejando ambas cosas en el respaldo de una de las sillas. Matt me tiende con cuidado y comienza a apartarse, pero sigo sintiendo la necesidad hasta ahora jamás experimentada de tocar a un ser humano; por eso y no por otra razón, creo, no dejo que me suelte la mano. Mis lágrimas de dolor, cada vez más espaciadas y escasas, están empapando su sofá, pero no parece importarle. Se arrodilla frente a mí, angustiado y tragando saliva copiosamente; recoge un mechón díscolo de mi pelo detrás de la oreja derecha y le miro de nuevo a los ojos, momento en el que caigo en la cuenta de que me falta una de las zapatillas. El chico que ha abierto la puerta se aclara la garganta.

—Señor Jensen, ¿me puede decir ahora qué está pasando?

Matt le mira y comienza a hablar. Parpadeo al darme cuenta de que mi primera impresión de Luca era totalmente errónea: es una mujer, aunque no tiene ninguna forma femenina por su extremada delgadez. El pelo corto y teñido de rubio enmarca un rostro pequeño, ovalado y de facciones duras, nariz fina y respingona y ojos oscuros muy escrutadores. Pienso que sería mucho más atractiva con unos cuantos kilos más, pero no me parece el momento indicado para decírselo.

En ese momento Matt me levanta la camisa con cuidado y Luca se lleva una mano a la boca, abriendo mucho los ojos.

—¿Quiere que le traiga algo? Estoy segura de que las chicas tienen analgésicos...

—No, no me des nada. —Mi voz se alza débilmente y los dos me miran—. Si tomo algo antes de un chequeo puede enmascarar algo más grave.

—¿Eres médico o algo así?

Luca me pregunta intentando ser amable e infundirme ánimos, pero su ceño fruncido desbarata un poco su mueca angelical. Tanta atención me molesta, pero intento despejarla cuando niego con la cabeza.

—Estudio enfermería. —Por primera vez en la vida agradezco que mis manos tengan unos cuantos grados menos de temperatura que el resto del cuerpo: palparme la zona con los dedos me proporciona un alivio inmediato. Respiro hondo, midiendo el nivel de dolor, aliviada por comprobar que es bastante menor que antes aunque sigue siendo intenso—. ¿Dónde está Tamy?

—¿La chica que grababa contigo? —Asiento—. Ha debido de ir a por el doctor. Luca, vuelve al estudio y busca a una chica de color alta y manchada de sangre de pies a cabeza. Tráela hasta aquí. Si no la encuentras de vista, pregunta por la Chica2 de la escena 16.

—Captado. Ahora mismo vuelvo.

Luca, antes de marcharse, me toca la pierna tan inesperadamente que no me da tiempo a reaccionar ni para bien ni para mal. Desaparece cerrando la puerta tras de sí mientras yo me tapo el costado con el pijama rosa, posando la mano sobre la tela.

—¿Quieres una manta o algo?

Miro a mi agresor accidental con cierta reticencia. Si antes me había impresionado por su mirada, su físico y su interés, ahora reconozco que no puedo encontrar absolutamente ningún aspecto de su persona atractivo; es más, me cae visceral e injustificadamente mal aun sabiendo

que él no ha tenido la culpa. Por ello intento modular mi voz hasta un grado apropiado de indiferencia y desprecio, y contesto:

—No, gracias.

Aflojo la mano que tengo entrelazada con la suya y pienso en que hubiera sido cómico vernos, él corriendo conmigo en brazos (una criatura quejicosa y dolorida vestida de rosa chicle) disfrazado de negro y parcialmente ensangrentado. Dirijo mi vista hacia su rostro, esquivando de nuevo su mirada. Tiene la mejilla derecha salpicada de gotas rojas; la frente, arrugada en señal de preocupación y algo que no consigo identificar, permanece parcialmente oculta por unos mechones sueltos. Respira hondo por la nariz y se humedece los labios de manera nerviosa.

—Lo siento.

—No ha sido culpa tuya.

—Ya lo sé, pero me siento responsable. —Matt traga saliva—. ¿Hay algo que pueda hacer para compensarlo?

—No —asevero en un segundo, muy cortante, provocando que parpadee un par de veces—. Quiero decir, no es que no haya nada que puedas hacer, es que no hace falta que... me estoy liando yo sola, ¿verdad?

Sonríe y suspira con evidente alivio.

—Te he entendido, tranquila. —Se humedece los labios y me mira con cierto aire de disculpa y curiosidad—. Ya es mala suerte que algo así le pase a una persona que solo va a grabar una escena.

—La historia de mi vida, ¡probabilidades a mí!

Sin entender por qué, me río con una facilidad pasmosa, encogíendome de dolor acto seguido. La alegría desaparece de mi rostro y hago un mohín agónico; Matt Jensen se inclina hacia mí y me aprieta la mano aún más fuerte. Inspiro despacio y algo me nubla el entendimiento: su olor. Su proximidad bloquea todos mis procesos racionales.

Ambos nos humedecemos los labios al mismo tiempo, buscando quizás algo que hacer para romper la tensión que ha crecido entre nosotros.

Dos fuerzas de igual magnitud me empujan en direcciones contrarias: en la espalda, la angustia me atrae hacia el sofá; en el pecho noto una especie de presencia de fuego que me invita a inclinarme hacia él. Me ruborizo y lo tomo por una buena señal: si tuviera un derrame interno, la sangre no podría llegar a la cara.

Matt eleva su mano libre en silencio, frunciendo un poco el ceño; me gustaría saber lo que piensa y eso me confunde porque creo que nunca he querido saber qué pensaba alguien. Me acaricia el rostro y me quedo quieta, disfrutando del contacto, sin sentir la necesidad de apartarme; al llegar a la oreja me peina un mechón hacia atrás para poder mirarme a los ojos a placer. Nos acercamos el uno al otro sin saber por qué, aguantando la respiración hasta que estamos a un palmo.

Un pestañeo después se escucha el chasquido de la puerta, Matt Jensen se aparta y retira la mano como si mi contacto le hubiera dado un chispazo, pero no lo suficientemente rápido; Tamy entra boquiabierta, creando con los labios una muda pregunta: “¿Qué?”. Detrás de ella pasan el médico, un hombre de unos sesenta años con gafas, y Luca, que se despide con un gesto de la mano para no crear *overbooking* en el limitado espacio de la *roulotte*. Tamy mira fijamente nuestras manos entrelazadas arqueando una ceja y yo me siento tan incómoda bajo ese escrutinio que me suelto, arrepintiéndome al instante. Matt se pasa una mano por el pelo, visiblemente perplejo, supongo que intentando descifrar qué ha pasado entre nosotros... o quizás qué habría ocurrido. Se incorpora ágilmente, coge la silla y se la ofrece al médico para que se siente mientras él y Tamy permanecen de pie, ambos con los brazos cruzados y en silencio. No se me escapa que ella nos mira alternativamente de manera poco discreta, sosteniendo (gracias a los dioses por su consideración para conmigo) mi ropa y mis zapatos.

Cojo aire y miro hacia la ventana, evadiéndome mientras el médico me examina e interroga.

—¿Le duele aquí? —Asiento—. ¿Y aquí? —Asiento más rápidamente y con fuerza—. ¿Puede describirme el dolor?

—Punzante, me arde, me duele al respirar, aunque la verdad es que ya se está pasando.

—¿Posible embarazo?

Tamy no puede evitarlo, lanza una risa escéptica que hierde mi orgullo; si por un momento pensaba que la situación no podría ser más incómoda, veo cómo Matt Jensen se tapa los labios intentando ocultar una sonrisa.

Genial.

Les ignoro y me aclaro la garganta, intentando mantenerme digna.

—No.

—Le recomiendo que vaya al hospital a hacerse una ecografía o un escáner para descartar al cien por cien algo grave y que le receten

un calmante; aparte del golpe yo aseguraría que no tiene nada. Eso sí, prepárese para tener una moradura unos cuantos días.

—Gracias —musito educadamente, esbozando una sonrisa.

El médico nos da la mano a todos y se despide, dando por cumplida su labor. Intento incorporarme sin éxito y Matt se acerca ofreciéndose como apoyo, pero le ignoro deliberadamente para hacerlo sola. Cuando lo consigo Tamy se acerca, acomodándose a mi lado pero dejando cierto espacio.

—Estás horrible. —Su apreciación me hace bufar. Noto un creciente resentimiento hacia las dos personas que me miran atentamente, así que me cierro en banda a seguir hablando. Tamy niega con la cabeza, identificando mi estado de ánimo—. Señor Jensen, gracias por su amabilidad.

—Es lo menos que podía hacer.

Tamy levanta su mano derecha como muestra amistosa y él se la estrecha con una sonrisa arrebatadora. En un principio no soy consciente de haber abierto la boca, pero una sutil patada de Tamy me devuelve al mundo real. Con la excusa del dolor de costado me doblo un poco sobre mí misma y me maldigo: ¡me estoy comportando como una gilipollas! Perder mi preciado autocontrol me pone de los nervios... y no he hecho otra cosa desde que lo vi en la falsa cocina.

Se me está yendo la cabeza.

—¿Puedo pedirle que cuide de ella mientras yo llamo a un taxi?

Levanto la vista hacia mi compañera de piso, suplicándole con la mirada que no nos deje a solas y tragando saliva cuando me ignora.

—La dejas en buenas manos.

Matt se sienta en la silla que ha dejado libre el médico y espera sin decir una palabra a que Tamy cierre la puerta tras de sí.

Una tensión ilógica invade el pequeño espacio de la *roulotte*. Trago saliva, intentando serenarme.

—Podrías... ¿podrías mirar hacia otro lado? Voy a vestirme.

—Claro, faltaría más.

Se gira en la silla para mirar por la ventana con la mano izquierda apoyada en la barbilla, así que me apresuro a quitarme el pijama y ponerme la ropa de calle. El silencio entre los dos se acentúa. Me desvisto como puedo mientras Matt permanece estático, con una sonrisa circunspecta adornando sus apetecibles labios. Intento aclararme la garganta, pensando a toda velocidad algo que rompa este silencio tan sepulcral.

—No estaba en el guión.

—¿Perdona?

—La escena, no estaba así en el guión. Tenía que volverme antes de que llegaras a mí. —Me pongo de pie para enfundarme los vaqueros y vuelvo a sentarme sin subirme la cremallera para ponerme la camisa y, así, tapar la mayor superficie corporal en el menor tiempo posible. Introduzco con cuidado los brazos por las mangas de la blusa y, al abrochar el botón del pecho, alzo la voz—. Ya puedes volverte.

Se gira hacia mí. Sus ojos recorren los pocos resquicios al descubierto de mi piel con expresión indescifrable. El vello se me pone de punta y observo cómo alza la curvatura de su labio izquierdo, creando una media sonrisa pícaro.

—Me encanta improvisar, siempre y cuando no cambie el sentido de la escena. Además, tengo comprobado que en esta serie el efecto sorpresa se ve reflejado en la pantalla. Si el doble no se lo espera su reacción es más visceral, más auténtica.

—Espero haberlo hecho bien, no creo estar en condiciones de repetirlo.

Matt sonrío y asiente, brindándome calidez y comprensión. Tamy tenía razón, no da la impresión de estar hablando con un famoso, sino con alguien cercano y agradable. No estoy acostumbrada a ese nivel de familiaridad con un desconocido y me arañó el pulgar con el índice cuatro veces, profundamente incómoda. Matt se recuesta en la silla, propiciando que la tensión entre nosotros se atenúe un poco.

—Me gustaría... —Se aclara la garganta—. Me gustaría saber el parte médico y que te estás recuperando bien.

Vuelve a humedecerse los labios y yo miro el gesto totalmente hipnotizada, asintiendo sin saber muy bien a qué me estoy comprometiéndome. Cuando vuelvo en mí analizo la petición, encontrándola lógica.

—Voy a necesitar un número al que llamar.

—Oh, claro. Te daré el de mi piso, no tengo móvil. —Frunzo el ceño, dispuesta a preguntar, pero me callo antes de parecer demasiado cotilla. Matt sonrío, le resta importancia al asunto con un gesto de mano y responde a mi pregunta silenciosa—. Cuando algún fan consigue tu teléfono, al final termina sonándote día y noche. Decidí que lo mejor era no tener móvil.

—Entiendo...

Alza un dedo, pidiéndome un momento de paciencia. Se levanta, busca un bolígrafo entre la pila de libros de la mesa y gira la cabeza hacia derecha e izquierda, buscando un papel en el que apuntar.



—Oh, vaya... No tengo folios sueltos.

—No pasa nada. —Le tiendo la mano, el más eficiente de los pósits. Sonríe y vuelve a acercarse a mí, aunque esta vez se acomoda en el sofá. Al cogerme el antebrazo me acaricia suavemente la piel con el pulgar y me muerdo el labio. Llego a ver los tres primeros números, 437 (escritos con la izquierda), pero estoy tan sumamente centrada en sus manos que pierdo el hilo de mi propia concentración. Su piel es suave y es aún más blanca que la mía propia. Me llega el olor de su *aftershave* e inspiro disimuladamente para llenarme de su esencia.

—Listo, espero tu llamada... eh... —Arqueo una ceja, sin saber qué quiere—. Esto es imperdonable: ni siquiera sé tu nombre.

—Chica1. ¿Me puedes alcanzar los zapatos?

Bufa y me obedece.

—No, en serio, me gustaría saberlo.

—Es que he llegado a la conclusión de que no haberme preguntado el nombre antes de asesinarme a sangre fría sí va a requerir una compensación.

Matt abre la boca ligeramente, arqueando una ceja, y yo me coloco el primer botón, poniéndolo como excusa para no mirarle a la cara mientras se carcajea.

—O sea, que no me lo vas a decir.

—No. —Cierro la cremallera y sonrío. Me siento hechizada por su persona y me comporto de forma increíblemente atrevida. Voy a tener que dejar de vivir con Tamy, me ha contagiado ser una *femme fatale*—. No *boy*.

Alzo la mano en la que tengo apuntada el número para llamar su atención.

—Hasta el próximo día, entonces.

Si no fuera porque es físicamente imposible, diría que le brillan los ojos por esa promesa tácita. Después de colocarme el segundo zapato, Matt se levanta, me tiende la mano y yo se la estrecho para que pueda tirar de mí e incorporarme. Por una vez agradezco mi escasa altura, que me lleva a estar considerablemente lejos de sus atrayentes labios, aunque me perturba tenerlo tan cerca de mí. Inspiro despacio, procurando que no me duela tanto.

Me siento atrapada por su presencia, así que me pongo a pensar en la clasificación de los glóbulos blancos, un tema que siempre me ha interesado y relajado, intentando volver a ser un poco más yo. Me alejo un paso hacia la izquierda y le tiendo la mano sonriendo, mirándole

durante un segundo a los ojos e intentando mantener el dolor y el deseo alejados de mí.

—Gracias por atenderme tan bien después de casi extirparme un riñón sin anestesia.

Matt se ríe de nuevo y me devuelve el apretón de manos.

—Antes de salir por la puerta deberías terminar de vestirme.

Señala con un gesto sutil mi cintura y mi cremallera bajada.

—Oh vaya... gracias.

Me llevo las manos al pantalón, pero antes de que pueda subsanar mi despiste Matt Jensen me deja estupefacta al cogerme los dedos con delicadeza y apartarlos despacio, sin encontrar ninguna resistencia por mi parte. Dobla las rodillas hasta que sus ojos están más o menos a la misma altura que los míos y posa las manos en mis caderas, recorriendo lentamente el espacio que va desde la cintura hasta el centro, a la altura de mi ombligo. Tantea mi reacción y, cuando comprueba que ni hago ni digo nada, baja por mi oculto pubis hasta el final de la cremallera; agarra el enganche con dos dedos y pinza con la otra mano la tela del pantalón para evitar que se mueva mientras sube la cremallera. Lo hace tan lentamente que puedo contar los dientes del cierre mientras se acoplan los unos con los otros. No me he dado cuenta de que me mordía el labio, pero soy consciente de ello cuando la cremallera llega a su tope y me hace subir apenas un centímetro, lo justo para notar la costura del vaquero por toda mi entepierna. Jadeo; sus dedos se movilizan de nuevo para abrocharme el botón. Observo cómo su nuez sube y baja al tragar saliva.

—Ya está.

Nos miramos. Soy consciente de que no estoy respirando y de que eso puede ponerme azul y, posteriormente, llevarme a morir. No puedo articular palabra, solo mirarle. Ninguno de los dos hace nada durante unos eternos quince segundos tras los cuales doy medio paso hacia atrás y, sin abrir la boca, salgo de la *roulotte* dejando a Matt Jensen de pie en el centro de la misma.



—Les voy a poner un monumento a Adams, a Nicholson, a Wilson, a Dunlop y a Burrows.

—¿Y esos quiénes son?

—Los que descubrieron el Ibuprofeno.

Estoy acostada en el sofá del piso con los ojos cerrados, disfrutando del efecto de la medicación administrada en urgencias y escuchando la clara risa de Tamy a mi lado; no sé por qué, pero mi compañera de piso ha decidido que es un buen momento para pintarme las uñas de los pies.

—Vas a salir en la tele por el módico precio de una magulladura y una visita a urgencias, ¿qué más se puede pedir?

—Conocer al hombre más... ¿cómo lo llamabas tú? ¡Cachondo! El hombre más cachondo del mundo.

—Ahora que lo mencionas... antes no he querido sacar el tema, pero entre vosotros ha pasado algo.

—¿Algo?

—No sabría especificar más. Ha sido raro que te prestara tanta atención.

—Tamy, casi me mata *de verdad*. Es lógico que se preocupara, ¿no?

—Ay, tía, no sé... —Abro los ojos y enfoco la mirada, somnolienta. Los fármacos siempre me han dado más sueño del normal y en estos momentos estoy notando un gran peso en los párpados—. Cuando hemos entrado la ayudante, el médico y yo en la caravana, parecía que os comíais con los ojos. Además, no es normal que lo consideres “un cachondo”, Julia. No entra en la clasificación de los cachondos.

—¿¡Que no entra!? ¿¡Por qué no iba a entrar!?

—Julia... ¿tú te has fijado en serio en su aspecto? Es simpático, vale, pero tiene cara de querer matar gente.

Cierro de nuevo los ojos y repaso el recuerdo de su rostro.

—No entiendo lo de que tenga cara de matar gente; si los asesinos tuvieran rasgos similares estarían todos en la cárcel antes de cometer un crimen... aunque no voy a negar que tiene una fisonomía muy particular. —Tamy va a añadir algo, pero se lo piensa mejor y sigue con su tarea—. Además, da igual si no entra en tu lista de cachondos, está en la mía. Eso es lo que cuenta.

—¡Pero que debe de tener como cincuenta años!

—¡Qué dices! ¿Tantos? —Frunzo el ceño—. Trae el portátil, vamos a investigar.

—Buena idea.

Baja mis pies de sus rodillas. El sofá deja de soportar su bien distribuido peso; al cabo de un minuto oigo un zumbido quedo y veo a Tamy acercarse con el ordenador mientras este se inicia. Me recuesto trabajosamente, pero no tan dolorida como hace un par de horas. Parece que